

Pero de pronto una gran alegría surgió de aquellas cien mil almas que llenaban este extremo del campo, bullendo como insectos que retozan bajo el vasto cielo. El sol, oculto hacia un cuarto de hora, reapareció, desparramándose en un lago de luz. Y todo relumbró de nuevo: las sombrillas de las mujeres, innumerables, parecían escudos de oro por encima de la muchedumbre. Se aplaudió al sol, saludándole con risas, y se extendían los brazos como para apartar las nubes.

En aquel momento un juez del *turf* se adelantó solo en medio de la pista desierta. Más arriba, hacia la izquierda, apareció un hombre con una bandera roja en la mano.

—Es el *starter*, el Baron de Maurice—respondió Labordette á una pregunta de Nana.

Al rededor de la jóven, entre los hombres que se oprimían hasta sobre el estribo de su coche, se elevaban exclamaciones, formándose una conversacion sin diálogo, de palabras lanzadas bajo el efecto inmediato de las impresiones. Felipe y Jorge, Bordenave, la Faloise, no podían callarse.

—¡No empujeis!..... Dejadme ver..... ¡Ah! el juez entra en su tienda..... ¿Decis que es el señor de Souigny?..... ¿Eh? ya necesita buenos ojos..... Callaos, callaos..... se levanta el oriflama..... Hélos aquí: ¡atencion!..... *Cosinus* es el primero.

Un oriflama amarillo y rojo se agitaba en el aire al extremo de un mástil. Los caballos llegaban uno á uno, conducidos por los mozos de las caballerizas, con los *jockeys* en las sillas, semejando manchas brillantes á la luz del sol. Despues aparecieron *Cosinus*, *Hasard* y *Bom*. Luégo un murmullo acogió á *Spirit*, un soberbio bayo moreno, cuyos colores oscuros, uolím y negro, tenían una tristeza británica. *Valerio II*, pequeño, muy vivo, de un verde suave, bordado de rosa, obtuvo un éxito á su entrada. Los dos Vandeubres se hacían esperar. Por fin, detrás de *Frangipane* se dejaron ver los colores blancos y azules. Pero *Lusignan*, un bayo muy oscuro, de forma irreprochable, fué casi olvidado en la sorpresa que causó *Nana*. Nunca se la habia visto así; los rayos del sol doraban la yegua alazana y la hacían brillar como un luis nuevo; el pecho, profundo; ligero el cuello, y la cabeza, nerviosa y fina.

—¡Mirad! ¡tiene mis mismos cabellos!—gritó Nana encantada.—¿Podréis creer que estoy orgullosa?

Se escalaba el landó. Bordenave estuvo á punto de poner el pié sobre Luisito, á quien olvidaba su madre. Bordenave le cogió con paternales gruñidos y lo alzó sobre sus hombros, murmurando:

—Este pobre chiquillo... Espera, voy á enseñarte á mamá... ¿Eh? Mirala allá abajo...

Y como Dijon le arañaba las piernas, cargó con él igualmente, mientras que Nana, dichosa con aquel animal que llevaba su nombre, echaba una mirada á las demas mujeres para ver la cara que ponían..... Todas estaban rabiosas. En este momento, sobre su fiacre, la Tricon, inmóvil hasta entónces, agitaba las manos, daba órdenes á un *bookmaker* por encima de la muchedumbre. Su olfato le decia algo; tomaba á *Nana*.

La Faloise, entre tanto, hacia un ruido insoportable. Ahora le dió por *Frangipane*.

—Tengo una inspiracion—repetía.—Mirad á *Frangipane*. ¿Eh? ¡qué accion!..... Tomo á *Frangipane* á ocho. ¿Quién tiene *Frangipane*?

—Estaos quieto—acabó por decirle Labordette.—Os agitaís mucho.

—*Frangipane*, un rocin—declaró Felipe.—Está lleno de sudor..... ¡Vais á verle!

Los caballos habían subido á la derecha, y partieron en un galope de ensayo, pasando desbandados ante las tribunas. Entónces se altercó apasionadamente, hablando todos á la vez.

—Muy largo de lomos es *Lusignan*, pero rápido..... Ya sabeis, ni un cuarto sobre *Valerio II*; es nervioso, galopa con la cabeza alta, es mal signo..... ¡Toma! Burne es quien monta á *Spirit*..... Os digo que no tiene espalda. Una buena espalda es el todo..... No, decididamente *Spirit* es demasiado caluroso..... Escuchad, yo he visto á *Nana* despues de la gran *Poule des Produits*, mojada, con el pelo caído y palpitándole los flancos horriblemente. ¡Veinte luises á que no llega!..... ¡Basta! ¡está pesado éste con su *Frangipane*! Ya no hay tiempo..... Ya parten.

Era la Faloise, que, llorando casi, se debatía para encontrar

un *bookmaker*. Hubo que hacerle entrar en razón. Todos los cuellos se estiraban. Pero el primer arranque no fué bueno: el *starter*, que se divisaba á lo lejos como un débil rasgo negro, no había bajado su bandera roja. Los caballos dieron la vuelta, después de un ligero galope. Hubo aún dos falsas partidas. En fin, el *starter*, juntando los caballos, los lanzó con una destreza que arrancó gritos.

—¡Soberbio!..... ¡No, esto es casual!..... ¡No importa, ya están!

El clamor se ahogó en la ansiedad que comprimía los pechos. Ahora las apuestas se habían suspendido; la suerte se jugaba sobre la inmensa pista. Primero reinó un silencio como si se hubieran suspendido los alientos. Los rostros se alzaban pálidos, palpitantes. Al partir, *Hasard* y *Cosinus* habían hecho el juego poniéndose á la cabeza; *Valerio II* los seguía de cerca; los otros venían en un peloton confuso. Cuando pasaron ante las tribunas, estremeciendo el suelo con el brusco viento de la tempestad de su carrera, el peloton se adelantaba ya en más de cuarenta cuerpos de caballo..... *Frangipane* era el último; *Nana* se encontraba un poco detrás de *Lusignan* y de *Spirit*.

—¡Diantre!—murmuró *Labordette*—¡qué bien se desenreda el inglés!

Todo el landó prorumpió en palabras, en vivas exclamaciones.

La emoción crecía; se seguía con los ojos á los *jockeys*, que desfilaban á la luz del sol como manchas brillantes. A la subida, *Valerio II* tomó la delantera, *Cosinus* y *Hasard* perdían terreno, mientras que *Lusignan* y *Spirit*, uno al lado del otro, llevaban siempre á *Nana* á sus alcances.

—¡Pardiez! el inglés ha ganado, es evidente—dijo *Bordenave*.—*Lusignan* se fatiga y *Valerio II* no puede sostenerse.

—¡Y bien, quedamos lucidos si el inglés gana!—exclamó *Felipe* en su arrebató de dolor patriótico.

Había un sentimiento de angustia, que comenzaba á embargar á toda esta gente amontonada. ¡Otra derrota! Y un voto ardiente, extraordinario, casi religioso, subía por *Lusignan*, mientras que se injuriaba á *Spirit* con su *jockey*, de una ale-

gría de seca muertos, entre la multitud esparcida en la hierba. Y *Nana*, que volvía lentamente sobre sí misma, veía á sus piés esta ola de caballos y de gentes, este mar de cabezas agitado y como arrastrado alrededor de la pista por el torbellino de la carrera, rayando el horizonte con el vivo relámpago de los *jockeys*. La jóven los había seguido de espaldas, al escape de las grupas, en la velocidad vertiginosa de las piernas, que desaparecían tomando la apariencia de finos cabellos..... Ahora, en el fondo, desfilaban de perfil, pequeños, delicados, sobre las lontananzas verdosas del bosque. Después, bruscamente desaparecieron detrás de un gran grupo de árboles plantados en medio del hipódromo.

—Sin embargo—gritó *Jorge*, siempre lleno de esperanza—esto no ha concluido..... El inglés afloja.

Pero la *Faloise*, con su desden nacional, llegó á estar escandaloso aclamando á *Spirit*. ¡Bravo! ¡Bien hecho! ¡La Francia tenía necesidad de esta elección! ¡*Spirit* el primero, y *Frangipane* el segundo! ¡Esto enseñaría á su patria! *Labordette*, exasperado, le amenazó seriamente con arrojarle del coche.

—Veamos cuántos minutos tardan—dijo apaciblemente *Bordenave*, que, mientras sostenía á *Luisito*, había sacado su reloj.

Los caballos reaparecieron uno á uno detrás del grupo de árboles. Entonces se produjo un gran estupor: la muchedumbre prorumpió en un largo murmullo. *Valerio II* estaba aún á la cabeza; pero *Spirit* le iba adelantando, y detrás de él *Lusignan* se había rezagado, mientras que otro caballo ocupaba su sitio. No se comprendió inmediatamente; se confundían las libreas. Partieron mil exclamaciones.

—¡Pero si es *Nana*!..... ¡Vamos, pues, *Nana*! Os digo que *Lusignan* no se ha movido..... ¡Eh, sí, es *Nana*. Se la reconoce en su color de oro..... ¡Vedla ahora! ¡Qué fuego!..... ¡Bravo, *Nana*!..... Hace el juego de *Lusignan*. ¡Bah, esto no significa nada!

Durante algunos segundos, tal fué la opinión de todos. Pero, aunque lentamente, la yegua avanzaba siempre, en un esfuerzo continuo. Entonces se declaró una emoción inmensa. Los caballos rezagados perdieron todo su interés. Una lucha su-

prema se empeñaba entre *Spirit*, *Nana*, *Lusignan* y *Valerio II*. Se les llamaba por sus nombres; se hacían notar sus progresos ó sus desfallecimientos, con frases incompletas, balbuceadas.

Y *Nana*, que acababa de ocupar el sitio de su cochero, llena de agitacion, se había puesto muy pálida, tan temblorosa y conmovida, que se calló. Cerca de ella, *Labordette* encontró de nuevo su sonrisa.

—¿Eh? el inglés se ha puesto malo —dijo gozosamente *Felipe*.—No va bien.

—En todo caso, *Lusignan* ha concluido —gritó la *Faloise*. *Valerio II* es quien llega.... ¡Mirad! Hé aquí los cuatro en peloton....

Una misma palabra salía de todas las bocas.

—¡Qué paso, hijos míos!.... ¡Un rudo paso, cuerpo de Cristo!

Ahora el peloton llegaba de frente entre una nube de polvo. Se sentía su aproximacion y casi su aliento; un rugido lejano, que crecía de segundo en segundo. Toda la multitud se había arrojado impetuosamente á las barreras; y, precediendo á los caballos, un clamor profundo se escapaba de los pechos, corriendo de uno en otro, con el ruido de una ola que se rompe. Era la brutalidad última de una colosal partida; cien mil espectadores vueltos á su idea fija, y ardiendo en la misma necesidad de azar, detras de estos animales, cuyo galope arrastraba millones. Se oprimían, se estrujaban, con los puños cerrados, la boca abierta, cada cual para sí, cada cual azuzando á su caballo con la voz y el gesto. Y el grito de todo este pueblo, un grito salvaje, que reaparecía bajo el traje moderno, rodaba más y más distinto:

—¡Hélos aquí, hélos aquí, hélos aquí!

Pero *Nana* ganaba aún terreno; *Valerio II* se había quedado atras y llevaba la delantera con *Spirit* á dos ó tres méos fogosos. El redoble de trueno había crecido. Iban á llegar, y una tempestad de juramentos les acogía en el landó.

—¡Ah, *Lusignan*, gran cobarde, mal rocin!.... ¡Bien por el inglés! ¡Todavía, todavía, mi viejo!.... ¡Y este *Valerio*, qué chasco!.... ¡Ah, la carroña! ¡Adios, mis diez luises!.... ¡No queda más que *Nana*! ¡Bravo, *Nana*! ¡Bravo, tunanta!

Y sobre su asiento, *Nana*, sin advertirlo, había tomado un balanceo de caderas y muslos, como si fuera ella misma quien corriese. Parecía que ayudaba á la yegua con la voluptuosa oscilacion de su cuerpo.... A cada movimiento dejaba escapar un suspiro de fatiga, y decía con voz penosa y baja:

—Anda.... anda.... anda....

Se vió entónces una cosa soberbia. *Price*, de pié sobre los estribos, y látigo en alto, fustigaba á *Nana* con un brazo de hierro. Este viejo niño disecado, este rostro largo, duro y muerto, arrojaba llamas. Y en un arrebato de furiosa audacia, de voluntad triunfante, infundía su alma en la yegua, la sostenía, la arrastraba, mojada por la espuma, con los ojos sangrientos. Todo aquel tren pasó con un ruido de trueno, cortando las respiraciones, barriendo el aire, miéntras que el juez, con la mirada alerta, esperaba. Despues retumbó una inmensa aclamacion. Por un esfuerzo supremo, *Price* acababa de arrojar á *Nana* al poste.... venciendo á *Spirit* por un largo de cabeza.

Aquello fué como el clamor ascendente de una marea: ¡*Nana*! ¡*Nana*! ¡*Nana*! El grito rodaba, crecía, con una violencia de tempestad, llenando poco á poco el horizonte, las profundidades del bosque en el monte *Valerien*, las praderas de *Longchamps* en la llanura de *Boulogne*. Sobre el campo se había declarado un entusiasmo loco:

—¡Viva *Nana*! ¡Viva la Francia! ¡Abajo la Inglaterra!

Las mujeres agitan sus sombrillas; los hombres saltaban y se volvían vociferando; algunos, con risas nerviosas, tiraban al aire sus sombreros. Y del otro lado de la pista respondía el apartado del peso, una agitacion removía las tribunas, sin que se viese distintamente otra cosa que un temblor del aire, como la llama invisible de un brasero, por encima de aquel monton viviente de figuras en desórden, con los brazos retorcidos, con los puntos negros de los ojos y la boca abierta. Esto no cesaba nunca, se hinchaba más y más, volvía á comenzar en el fondo de las alamedas lejanas, entre el gentío que acampaba bajo los árboles para desparramarse y extenderse en la emocion de la tribuna imperial, donde la Emperatriz había aplaudido. ¡*Nana*! ¡*Nana*! ¡*Nana*! El grito subía

entre los esplendores del sol, cuya lluvia de oro agitaba el vértigo de la muchedumbre.

Entonces Nana, de pié sobre el pescante de su landó, engrandecida, creyó que se le aclamaba á ella. Había quedado un instante inmóvil en el estupor de su triunfo, mirando la pista invadida por una oleada tan espesa, que no se veía el campo, cubierto por un mar de sombreros negros. Despues, cuando toda esta gente se hubo ordenado, formando una fila hasta la puerta de la salida, aclamando de nuevo á *Nana*, que se marcha con Price, quebrantado y como vacío, la jóven manoteó violentamente sobre sus muslos, olvidada de todo, expresando su triunfo en frases crudas:

—¡Ah, nombre de Dios, he sido yo!..... ¡Ah, nombre de Dios, qué victoria!

Y no sabiendo cómo traducir el gozo que la trastornaba, abrazó y besó á Luisito, al que acababa de encontrar en el aire sobre los hombros de Bordenave.

—Tres minutos y catorce segundos—dijo éste metiendo su reloj en el bolsillo.

Nana continuaba escuchando su nombre, cuyo eco repercutía en toda la llanura. Era su pueblo, que la aplandía, mientras que con sus cabellos de astro y su túnica blanca y azul color del cielo, dominaba, bañada por el sol, aquella muchedumbre. Labordette, que se había marchado, acababa de anunciarle una ganancia de dos mil luises, porque había colocado sus cincuenta luises sobre *Nana*, á cuarenta. Pero este dinero la afectaba ménos que su victoria inesperada, cuyo brillante estrépito le hacía reina de París. Las mujeres habían perdido todas. Rosa Mignon, en un movimiento de rabia, había roto su sombrilla; y Carolina Heguet, y Clarisa, y Simona, y Lucy Stewart misma, á pesar de su hijo, juraban sordamente, exasperadas por la suerte de esta gruesa muchacha; mientras que la Tricon, que había hecho la señal de la cruz á la partida y á la llegada de los caballos, erguía su elevada talla por encima de ellas, satisfecha de su olfato y de su experiencia de matrona.

Entre tanto crecía la multitud de hombres alrededor del landó, y la turba había lanzando clamores feroces. Jorge, embria-

gado, continuaba gritando sólo desentonadamente. Como faltaba champagne, Felipe, llevando los lacayos, acababa de visitar las tiendas. Y la corte de Nana aumentaba siempre, su triunfo decidía á los rezagados, y el movimiento que había hecho de su coche el centro del campo terminaba en una apotheosis: la reina Vénus en el arrebató de locura de sus súbditos. Bordenave, detras de ella, mascaba juramentos con un enternecimiento de padre. Steiner mismo, reconquistado, había abandonado á Simona y subía sobre uno de los estribos. Cuando llegó el champagne, cuando la jóven levantó su copa llena, fueron tales los aplausos, se gritaba tan fuerte: ¡Nana, Nana, Nana! que la muchedumbre, sorprendida, buscaba la yegua con los ojos, y no se sabía ya si era la bestia ó la mujer quien llenaba los corazones.

Entre tanto, y á pesar de las miradas terribles de Rosa, Mignon corria. Esta maldita muchacha le ponía fuera de sí, queria abrazarla. Luégo, despues de haberla besado sobre las dos mejillas paternalmente:

—Lo que me disgusta es que ahora Rosa va á enviar de seguro la carta..... Rabia demasiado.....

—¡Tanto mejor, me conviene mucho!—dejó escapar Nana. Pero al verle estupefacto, se apresuró á responder:

—¡Ah! No, ¿qué es lo que digo?..... ¡A la verdad, no sé lo que me digo!..... Estoy borracha.

Y borracha estaba, en efecto, pero borracha de gozo, borracha de sol: el vaso siempre levantado, se aclamó á si misma.

—¡A *Nana*, á *Nana*!—gritó en medio de un recrudecimiento de desórden, de risas, de bravos, que poco á poco había ganado todo el hipódromo.

Las carreras se acababan, se corria el premio *Vaublanc*. Los coches partian uno á uno. En tanto, se oía el nombre de Vandebres entre acaloradas disputas. La cosa estaba clara: Vandebres hacía dos años preparaba su golpe, encargando á Gresham que refrenase á *Nana*, y él sólo había presentado á *Lusignan* para efectuar lo que se llama, en el tecnicismo del *turf*, el juego de la *pouliche*. ... Los perdidosos se incomodaban mientras que los que habían ganado se encogían de hombros. ¿Y qué? ¿No era esto lícito? Un propietario disponia sus ca-

ballerizas como le pareciese. ¡Cuántas veces se había visto esto! El mayor número excusaba á Vandebres, y despues de todo, se trataba de cifras que imponian respeto.

Pero otros ruidos, más graves, llegaban entre cuchicheos del apartado del peso. Los que venian de allí precisaban detalles, crecian las voces, se contaba públicamente un escándalo horrible. Este pobre Vandebres había concluido; su soberbio golpe había fracasado por una tontería incalificable, un robo estúpido, encargando á Marechal, un *bookmaker* tramposo, que diera por su cuenta dos mil luises contra *Lusignan*, con objeto de rescatar sus mil y pico de luises apostados abiertamente, una miseria; y esto probaba la mala fe en medio del último crujido de su fortuna. El *bookmaker*, prevenido de que no ganaría *Lusignan*, había realizado una ganancia de sesenta mil francos sobre este caballo. Únicamente Labordette, por falta de instrucciones exactas y detalladas, había ido justamente á tomarle doscientos luises sobre *Nana*, que el otro continuaba dando á cincuenta, en su ignorancia del verdadero golpe. Limpiado de cien mil francos sobre la yegua, con pérdida de cuarenta mil, Marechal, que sentía hundirse todo bajo sus piés, había comprendido bruscamente, viendo á Labordette y al Conde hablar juntos despues de la carrera y ante la sala del peso; y en un furor de antiguo cochero, en una brutalidad de hombre robado, acababa de provocar públicamente una escena horrible, contando la historia con palabras atroces, concitando contra el Conde las iras generales. Se añadía que iba á reunirse el jurado de las carreras.

Nana, á quien Felipe y Jorge ponian al corriente en voz baja, hacía sus reflexiones sin cesar de reir y de beber. Era posible, despues de todo: ella recordaba ciertas cosas; además, este Marechal tenía una cabeza que no le abonaba. Sin embargo, chillaba aún, cuando apareció Labordette, y estaba atrozmente pálido.

—¿Y bien?—le preguntó á media voz.

—¡Hundido!—respondió él simplemente.

Y se encogía de hombros. ¡Un niño este Vandebres! Nana hizo un gesto de fastidio.

Por la noche, en Mabilie, Nana obtuvo un éxito colosal. Cuando se presentó, hácia las diez, el alboroto era ya formidable. Esta clásica velada de la locura había reunido toda la juventud galante, una sociedad de buen tono, que se codeaba violentamente en una brutalidad y una imbecilidad de lacayos. Se veían, al fulgor de aquellas luces de gas, trajes negros, mujeres descotadas con excesivos adornos, que daban vueltas en monton ó aullaban en medio de una embriaguez estúpida. A treinta pasos no se oían ya los instrumentos de la orquesta. Nadie bailaba. Palabras tontas, repetidas, no se sabía por qué, circulaban entre los grupos. Se hacían grandes esfuerzos para causar gracia. Siete mujeres, encerradas en el vestuario, lloraban por que se las abriese la puerta. Un ramo de lilas encontrado y vendido á puja había alcanzado el precio de dos luises. Precisamente en aquel momento llegaba Nana, vestida aún con su traje de carrera, blanco y azul. Se le regaló el ramo en medio de una tempestad de bravos. Se apoderaron de ella á pesar suyo; tres de aquellos señores la condujeron en triunfo al jardín, pisoteando el césped y las flores; y como la orquesta servía de obstáculo, se la tomó por asalto, rompiendo las sillas y los atriles. Una policía paternal organizaba el desórden.

Hasta el mártres no se repuso Nana de las emociones de su victoria. Estaba en la mañana de dicho día con la señora Lerat, que había venido á darle noticias de Luisito, enfermo desde que asistió á las carreras. Toda una historia que ocupaba á París entero la apasionaba. Vandebres, excluido de los campos de las carreras, ejecutado la misma noche en el Círculo Imperial, se había hecho abrasar en su caballeriza con sus caballos.

—Bien me lo había dicho—repetía la jóven.—¡Este hombre era un verdadero loco!..... ¡Cuando me contaron eso ayer noche, tuve un miedo horrible! Ya comprendes, pudo muy bien asesinarme una noche..... Y despues, ¿no debía haberme prevenido respecto á su caballo? ¡Al ménos, hubiera hecho mi fortuna!..... Pero, dijo á Labordette que si yo hubiese sabido el negocio, lo habría descubierto inmediatamente á mi peluquero y á un monton de hombres. ¡Qué fino es esto!..... ¡Ah! No, en verdad, no tengo por qué sentirlo mucho.

Después de reflexionar, se había puesto furiosa. Justamente Labordette entró entonces: había arreglado sus apuestas, y le traía una cuarentena de miles de francos. Esto no consiguió sino aumentar su mal humor, porque hubiera debido ganar un millon. Labordette, que se hacía el inocente en toda esta aventura, abandonaba redondamente á Vandebres. Estas antiguas familias estaban agotadas y concluían de una manera estúpida.

—¡Eh! No—dijo Nana;—eso no es estúpido, prenderse fuego de tal modo en una caballeriza. Yo encuentro que el Conde ha acabado magníficamente.... ¡Oh! Ya sabes, yo no defiendo su historia con Marechal. Eso es imbécil. ¡Cuando pienso en que Blanca ha tenido el descaro de colgarme el sambenito! Mi respuesta fué la siguiente: «¿Le he ordenado yo robar?» ¿No es esto? Se puede pedir dinero á un hombre sin lanzarle al crimen.... Si él me hubiera dicho: «Yo no tengo nada», yo le habria contestado: «Pues bien, separémonos», y la cosa no hubiera pasado de ahí.

—Sin duda—dijo le tía gravemente.—¡Cuando los hombres se obstinan, tanto peor para ellos!

—Pero en cuanto á la pequeña fiesta final, ¡oh, admirable!—repuso Nana.—Parece que ha sido terrible. Había alejado á todo el mundo, y se encerró allá dentro con petróleo.... ¡Y era de ver cómo ardía! Imaginaos un gran monton de madera, de paja y de henol.... Las llamas subían como torres.... Lo más hermoso eran los caballos, que se resistían á dejarse tostar. Se les oía patear, arrojarse á las puertas, lanzar verdaderos gritos de persona....

Labordette hizo un ligero gesto de incredulidad. Él no creía en la muerte de Vandebres. Alguien juraba haberle visto escaparse por una ventana. Había prendido fuego á su caballeriza en una exaltación de su cerebro; sólo que al sentirse calentarse demasiado, hubo de ceder en sus ímpetus. Un hombre tan tonto con las mujeres, tan esquilado, no podía morir con esta magnificencia.

Nana le escuchaba, perdida la ilusión. Y no encontró más que esta frase:

—¡Oh! ¡El desgraciado! ¡Eso era tan hermoso!

XII

Hacia la una de la madrugada, en el gran lecho tapizado de punto de Venecia, Nana y el Conde no dormían aún. Había llegado la noche, después de una rabieta de tres días. La alcoba, débilmente iluminada por una lámpara, parecía dormir, caliente y húmeda de un olor de amor, con la vaga palidez de sus muebles de laca blanca incrustada de plata. Una cortina corrida envolvía el lecho en una ola de sombra. Hubo un suspiro; después un beso cortó el silencio, y Nana, escurriéndose entre las ropas, quedó un instante sentada al borde de las sábanas, con las piernas desnudas. El Conde, caída la cabeza sobre la almohada, permanecía en lo oscuro.

—Querido, ¿tú crees en el buen Dios?—preguntó la joven después de un momento de reflexión, la cara grave, invadida de un espanto religioso, al salir de los brazos de su amante.

Desde por la mañana se quejaba de cierto malestar, y todas sus ideas necias, como decía, ideas de muerte y de infierno, la preocupaban sordamente. Con frecuencia agitaban sus noches miedos infantiles, visiones espantables, y, con los ojos abiertos, solía tener pesadillas atroces. Nana repuso:

—¿Eh? ¿Crees que yo iré al cielo?

Y recorría su cuerpo un calofrío, mientras que el Conde, sorprendido por estas preguntas singulares en semejante momento, sentía despertarse sus remordimientos de católico. Pero deslizándose la camisa de sus hombros, desanudados los cabellos, Nana se dejó caer sobre el pecho de Muffat, sollozando y asiéndose á él con fuerza.